

repitieron González Barcia,<sup>1</sup> Villiers de San Esteban<sup>2</sup> y Eguia-  
ra y Eguren,<sup>3</sup> contradíceles en cierto modo Beristáin y Souza,  
puesto que asegura haber visto los referidos escritos en la li-  
brería del Colegio de San Angel.<sup>4</sup>

El señor de Ágreda y Sánchez opina: «que nunca estuvieron  
en el Convento de la Puebla de los Angeles, y que el P. Fr.  
Marcial, no teniendo noticia exacta de los conventos y colegios  
de la Provincia de San Alberto (de la Nueva España), porque  
él no era español sino francés y. . . . nunca vino aquí, se equi-  
vocó á causa de la semejanza de los nombres, pues á dicho  
Convento de la Puebla, por el nombre de esa ciudad en que es-  
taba fundado, se le llamaba Angelopolitano, y al Colegio, por  
el Santo que durante muchos años fué su titular, se le decía de  
San Ángelo, y se le ha llamado así aun después que dejó de  
ser su titular ese Santo.»<sup>5</sup> Sea como fuere, consta á muchos que  
á consecuencia del liberal decreto expedido en 1859, fueron  
exclaustrados al siguiente año los carmelitas que moraban en  
el Colegio de San Angel, y que con tal motivo los obras de fray  
Andrés pasaron á poder del conocido y estimable bibliófilo don  
José María Andrade, de quien las heredó su sobrino, mi bon-  
dadoso amigo el muy ilustrado é incansable bibliógrafo señor  
Canónigo don Vicente de P. Andrade.

Nos concretaremos ahora á la *Relación* publicada en este  
libro.

No porque escribió fray Andrés casi medio siglo después  
que Barrientos, andubo más aventajado en achaques de Orto-  
grafía; así que, salvas ligeras diferencias, como la supresión  
indebida de una ó más letras que aquel hace en varias pala-

1 Epítome, tom. y fols. citados.

2 Obra y tom. citados, col. 92.

3 Obra y pág. citadas.

4 Obra y pág. citadas.

5 Op. cit., pág. 171.

bras, lo que dejamos dicho acerca de la materia en el capítu-  
lo anterior, debe aplicarse también, mutatis mutandis, al tex-  
to de la *Relación*.

Independientemente del indiscutible mérito que ofrece ésta  
de haber sido escrita por un testigo de los sucesos en ella com-  
prendidos, existen otras circunstancias que la hacen doblemen-  
te valiosa, como su constante verdad, su delicada belleza, su  
gracia natural y de exquisito gusto, la ingenua fidelidad de los  
caracteres, el interés dramático sostenido sin esfuerzo y las  
fructuosas enseñanzas en que abunda.

No agitan á fray Andrés los mezquinos móviles humanos, ni  
le conmueven las pasiones que ciegan; incólume, pesa y aquila-  
ta con serena tranquilidad y en una sola balanza las acciones  
de propios y de extraños, ajeno á cualquiera influencia que no  
sea la de la eterna verdad. De este arte le oímos alabar á los  
indígenas por dóciles, generosos y serviciales, y acriminar á  
los castellanos por ambiciosos, poco solícitos en difundir la fe  
cristiana, y ante todo inhumanamente crueles, cayendo de re-  
pente durante la noche sobre tal ó cual pueblo de los natura-  
les: «y se partían los soldados por todo el, y a un tiempo cada  
vno por su parte le ponían fuego y guardauan las puertas de  
las cassas que ardian, porque no saliesen los que estauan den-  
tro: y en cintiendo que se juntauan muchos yndios, se retira-  
uan a sus embarcaciones, donde con los arcabuzes se defendian:  
y boluian á su prezidio, dejando muchos muertos: y con estos  
asaltos los tenían a todos temerosos, refrenados y oprimidos.»<sup>1</sup>

A la par que con verdad, escribe fray Andrés con peregrina  
belleza: la inesperada aparición de los niños indígenas, con  
sus arcos y flechas proporcionados á sus cuerpos, que se pu-  
sieron á tirar á lo alto de un árbol «gorgeando alegremete.»<sup>2</sup>  
es un cuadro encantador; lo mismo se puede decir del ansiado  
arribo de los náufragos á la isla de Reynoso, descrito así: «nos  
fuimos acercando a la tierra, y vimos que siendo costa descu-

1 Infra, págs. 204-5.

2 Infra, pág. 193.

bierta y sin algun abrigo a todo el oceano, era la playa de arena limpia, y en ella la mar tan mansa como si fuera vna pequeña y abrigada laguna: y para que mas claro conosiesemos a quien deuiamos las gracias, y que era dios y no la chalupa el que allí nos abia traydo, siendo la playa tan limpia que no se hallaua en ella vn grano de arena tan gordo como vno de trigo, y la mar que yba creciendo y tan sin olas como vna escudilla de leche, en llegando la chalupa a tocar con su proa en la blanda arena, y tan blandamente que apenas se sintió, al punto se hechó de lado como cansada de auerse sustentado tanto tiempo contra su natural.»<sup>1</sup>

En otros lugares desplega fray Andrés divertidísima gracia exenta de amaneramiento; por ejemplo, cuando habla del gato que con un rebenque al cuello despertó á toda la gente de una nao poniéndola en tremenda alarma, y al cual un viejo marinero, que entendió «era cosa de la otra vida, le dijo, de parte de dios te mando que me digas quien eres y que quieres;»<sup>2</sup> ó cuando refiere el inminente peligro en que estuvo de ser arrojado al mar un flamenco que á causa del ardor de la sed y del hambre, «no hallaua aciento en toda la chalupa, con que la traya inquieta y ponía en peligro: y aunque el escriuano y los demas se lo reprehendian, no se quietaua, que no deuia de poder mas.»<sup>3</sup>

Por lo que hace á los caracteres de sus protagonistas, fray Andrés logra trazarlos de manera acabada con pocas líneas; entre otros, el escribano de acción pronta y enérgica, que estando á punto de zozobrar la nao, sabe imponerse á la multitud desmoralizada, la mantiene luego bajo severa disciplina y al fin la salva; pero que encariñado ya con el mando no quiere dejarlo después, y pide se le honre con el nombre de capitán y se arroga prerrogativas que no le vienen de derecho: este personaje es el humano tipo de muchos caudillos manifestados en terrible trance, á quienes vieron nuestros abuelos y verán también nuestros nietos.

<sup>1</sup> Infra, pág. 184.

<sup>2</sup> Infra, pág. 158.

<sup>3</sup> Infra, pág. 181.

Hábil tacto tiene el autor para revestir sus cuadros de profundo interés dramático; palpita así vivísimo en la contienda que sostienen los felones robadores de la única chalupa que había en la nao próxima á hundirse, y los infelices que la seguían á nado angustioso, porque con ella perdían su esperanza última de vida; no impresiona menos la separación del clérigo y del piloto: como «por su cansada edad y estrema flaqueza no podían dar paso ni auia fuerzas en nosotros para cargarlos, acordaron de quedarse allí a morir los dos juntos consolándose vno a otro, y para que les siruiese de mortaja, porque no auia esperanza de salud ni de sustento, les trujimos la vela de la chalupa en que los enboluimos, y dejandolos assí, las cauezas descubiertas, y sin que ellos mostrasen mucha pena ni tristeza, los dejamos, y dimos principio a nro camino.»<sup>1</sup>

De las múltiples enseñanzas que se desprenden de la *Relación*, señalaremos dos muy cercanas, á saber: que si ese abandono de los viejos inválidos nos revela que el hombre, por ley fatal, no ama á su prójimo como á sí mismo; la lucha anterior nos descubre algo más grave, el egoísmo estólido que llena el fondo del alma humana.

En resumen: la *Relación* de fray Andrés constituye una preciosa joya de la antigua literatura histórica, en la que deliciosamente mezclados resplandecen la veracidad más exacta, la perenne simpatía al prójimo, tan sólo porque lo es, y el juicio sereno que acierta á mirarlo todo de manera inequívoca, aunado con la moral justiciera que sin prevenciones ni parcialidades, enérgicamente condena cuanto es malo y entusiastamente ensalza cuanto es bueno.

<sup>1</sup> Infra, pág. 185.